

MAQU
Y TOD

La Nota

Revista Semanal

LABORADORES

ADOLFO
STAIN, LUIS
S, ENRIQUE
STAVENA, F. A.
E, EMILIO
CO FOMBONA, R.
NDRELLI, MATIAS E.
LA, ARTURO
VILA, ARTURO
PPORI, ATILIO
EA LUNA, CARLOS
CAMPO, RICARDO
HAGUE, JUAN PABLO
ISO, AGUSTIN
RADA (hijo), A. de
VEZ (hijo), MANUEL
ARCIA VELLOSO, E.
GERCHUNOFF, ALBERTO ...
GIL, MARTIN
GONZALEZ, JOAQUIN V.
GROUSSAC, PABLO
QUIRALES, RICARDO
GUTIERREZ LARRETA, C.
INGENIEROS, JOSE
LACROZE GOWLAND, A.
LOPEZ BUCHARDO, C.
LUGONES, LEOPOLDO
MACHADO, ANTONIO
MAEZTU, RAMIRO DE
MARQUINA, EDUARDO
MELIAN LAFINUR, A.
PEREZ DE AYALA, R.
REBORA, JUAN CARLOS
RIVAROLA, RODOLFO
ROJAS, RICARDO
SICARDI, FRANCISCO A.
TALERO, EDUARDO
UNAMUNO MIGUEL DE

DIRECTOR

EL EMIR EMIN ARSLAN



Dirección y Administración

CALLE FLORIDA 32

U. Telef. 804, Avenida

SUSCRIPCIÓN

Por 6 meses..... \$ 5.— m/n.

• 1 año • 10.— •

Para el Exterior las suscripciones
se cobran a oro

:: SUMARIO ::

- La actualidad. Serenus.
Tuberculosis y democracia. Ernesto Nelson.
Carta a Enver Pachá. Emir Emin Arslan.
Cómo conciben el georgismo los latifundistas. (Réplica) Andrés Máspero Castro
La conquista. Poema de Emile Verhaeren. Ernesto Mario Barreda.
Cuento de la Semana. La mentira del pasado. Carlos Tristán.
Vida femenina. Los detalles; el alma. Alfonsina Storni.
Una reflexión y un anhelo. César Negri.
Bibliografía. Pablo Rojas Paz.
Exposiciones de Bellas Artes. Emile Coutaret.
Teatros. O. González Roura (h.)
Las fiestas de la victoria en París. Un Parísien.
Ecos. Ça recommence! — De las memorias de von Tirpitz. — El asunto Caillaux. — El nuevo ministro alemán.
Caricaturas de la semana. Araceli

NÚMERO 20 CENTAVOS



HUELLAS FEMINISTAS



Los detalles; el alma.



AS mujeres se visten hoy con grandes diferencias respecto de los hombres.

Mientras estos han evolucionado hacia un traje práctico, de cierta severidad, sujeto por la moda a pequeñas variantes, los trajes femeninos permanecen estacionados, defendiendo rabiosamente las graciosas inutilidades, los detalles complicados.

Una mujer elegante de hace tres siglos no cargaba muchos adornos más que una dama moderna.

El hombre ofrece, por el contrario, en la actual manera de arreglarse, marcadas diferencias: peinado, zapatos, medias, sombrero, cuellos, puños, apenas si conservan reminiscencias de la antigua coquetería masculina.

¿Y esto?

Bien sencillo.

Al referirnos a las modas pasadas nos ocupamos puramente de determinadas clases sociales, las que tenían vida propia, las libres; es decir, las clases elevadas.

Bien pues; estas clases, suprimidas las guerreras, vivían ociosas; era pues indispensable preocuparse de cualquier cosa: el atavío, la vida galante, el detalle complicado, la novedad trivial.

La simplificación del traje masculino es hijo de la democracia.

Mezcladas en cierto modo las clases sociales, repartida más equitativamente la propiedad y el trabajo, la indumentaria masculina igual, en sus formas, para todas las clases sociales, consulta una serie de necesidades de la vida moderna.

Lo probarían la cantidad de bolsillos de los trajes masculinos, bolsillos cuya cantidad, nunca fue mayor en anteriores costumbres.

La mujer, en cambio, por mucho que se haya mezclado a la actividad moderna no ha perdido, todavía, ciertos aspectos, trabas, particularidades de antiguas modas.

Sea que en verdad es mucho más conservadora que el hombre, sea que las cosas menudas, ligeras,

delicadas, exaltan su feminidad, sea que le agrada cubrirse, en el traje, de numerosos, complicados y frágiles velos, como por herencia se cubre el alma, sea, por lo que sea, la indumentaria femenina no ha evolucionado casi nada y sigue, siendo incómoda, poco higiénica y a menudo antiestética.

En ciertos pueblos avasallados por la actividad femenina se está dejando sentir, sin embargo, una transformación del vestido de la mujer.

Esto no es, por el momento, muy alarmante; no hay que asustarse.

Una elegante mujer con un traje *tailleur* sencillo y práctico no está, todavía, tan masculinizada, como afeminado estaba un sedoso caballero de peluca y pantalón corto, caballero que, como elegante era aceptado, y ante cuya dama, un hombre vestido como en nuestros días no hubiera podido presentarse sin ser corrido a burlas.

El taco alto del zapato, por ejemplo, que mujeres y hombres han usado, es uno de los detalles del chic femenino que las mujeres han defendido más tenazmente, mientras que los hombres lo han reducido a cierta medida lógica.

Pero no siempre, por cierto, hombres y mujeres llevaron tacos.

Los antiguos egipcios, los griegos, los romanos, los persas, los asirios, que desde tiempos remotos usaron calzado, ya en forma de sandalias, escarpines, especies de sacos de un solo pedazo de cuero, y aún de semi-botas guerreras, no conocieron el taco.

Su uso data desde hace solo algunas centurias.

A principios del siglo XVI parece iniciarse con cierta timidez para cobrar audacia a fines del mismo siglo, siendo las mujeres, en virtud de la pequeñez con que favorece al pie, las que lo usaron desde entonces con más atrevimiento.

Los zapatos de los hombres, fueron, sin embargo, tan complicados como los de las mujeres y no solo los llevaron de cuero negro y oscuro sino de los más brillantes colores y extravagantes modelos.

El zapato que usaba Luis XIV, por ejemplo, conocido con el nombre de zapato Moliere, por haberlo usado este personaje, se sostenía sobre un alto tacón y en forma de semicirculo o abanico, un lazo grande se abría sobre el empeine.

Los que llevaba el clero menor en tiempos de los

dos reyes que a aquel siguieron tenían el taco revestido de tafilete colorado y se sabe que mujeres, en tiempos de Luis XV los llevaron hasta de diez centímetros de alto.

En España, durante el reinado de Carlos III se usó también en el taco rojo la hebilla cargada de pedrerías. En Alemania este mismo taco estuvo de moda en el siglo XVIII y en Italia en tiempos de Luis XIII.

Desde el siglo pasado el hombre usa, a la estética gracias, solamente botines de cuero de distintas clases, discretas formas y bajos tacos.

La mujer, todos lo sabemos, continúa usándolos de seda, telas bordadas, de colores vistosos, para fiestas, y con frecuencia de tacos terribles.

Este taco alto tan combatido por los higienistas y tan dulce a nos, tiene la bella tarea de desviar la columna vertebral echando el cuerpo hacia adelante, con el objeto de hallar el centro de gravedad necesario al equilibrio; molesta, además, y muy seriamente, delicados órganos contenidos en la cavidad abdominal, amén de producir esos graciosos espectáculos callejeros de damas que danzan sobre sus elegantes zancos un tembloroso minuet.

Unense a las delicias del taco las del corsé, que deforma la caja torácica hundiendo las últimas costillas y presionando, de tan mala manera, los pulmones.

El mismo corsé comprime el estómago, dificulta los movimientos intestinales y afecta el funcionamiento general de casi todos los órganos internos.

¿Qué pensamos mientras tanto, de estos tiranos que deforman día a día la belleza femenina y empobrecen su vitalidad?

No pensamos nada.

Estamos tan preocupadas con el feminismo que, por lo visto, no vemos destruir una feminidad ya destruida.

Y es que, en verdad de cuentas, la mujer hasta ahora, ha tenido como principalísimo fin, agradar.

Todo en ella, hasta sus más grandes sentimientos, han sido avasallados por esta su pasión de agradar, alrededor de la cual, desordenada y vertiginosamente han zumbado, todas sus demás tendencias.

Todas las cosas inútiles de que la mujer se carga al vestirse no son más que trampas, más o menos inocentes, más o menos razonadas, con que desea atraer la atención masculina, lograr sus alabanzas, conquistar su admiración.

El citado corsé no tiene más objeto real que exaltar ciertos encantos físicos y modelar otros.

Pero no se crean culpables las mujeres modernas de algún grave delito: ellos así las quieren, así las exaltan, así las buscan.

Además no son las mujeres modernas las que han inventado sus actuales armaduras.

De otras Evas les vienen; junto con la herencia espiritual del sexo, han llegado las herencias materiales.

Como su cómplice el taco, el corsé emballenado data desde el siglo XVI, aunque en diversas formas, pero sin listones, se haya llevado desde antes de la civilización cristiana.

Catalina de Médicis lo extendió en Italia, al

transportarlo de Francia, y su uso se generalizó bien pronto, en toda Europa.

Desde entonces, y a pesar de toda voz alarmante, esta recia prenda no ha abandonado a la mujer.

Por más que se haya dicho que la efisema vesicular, la tuberculosis, la dilatación cardíaca, la úlcera redonda del estómago, la dispepsia y otras distintas enfermedades pueden provenir fácilmente del uso abusivo del corsé, la mujer no se resuelve a perder su actual elegancia ficticia, convencional, exterior.

Acaso, mucho más que el corsé y los altos tacos, favorecieran la elegancia femenina, sanos ejercicios, prudentes masajes, arte tan exquisito y saludable como la danza clásica, practicada como ejercicio.

¿Voy muy allá?

¿Es todo esto muy confuso?

Bien puede ser que yo tenga de las cosas un concepto demasiado personal.

Es que acaso sienta, hoy, una gran piedad por la mujer, es que acaso la ame ideológicamente tanto, que me vea obligada a atacarla para defenderla, para exaltar la mujer futura.

Es que desearía para ella la fuerza de un atleta, la delicadeza de una mariposa, la claridad del agua, el entendimiento de un filósofo, la gracia de una niña.

Es que desearía ver en la mujer entendimiento suficiente para despojarse de tantas cosas ilógicas, brutales, a veces, con que se martiriza, sin perder íntimamente, su enorme belleza.

Es que la quisiera mucho más idealista de lo que es, y sobre todo, mucho más pura, mucho más completa.

¿Pero como puede ser puro el ser que anda siempre cargado con su máscara, porque la máscara es su mejor arma?

¿Qué lógica existe en el sujeto femenino que se desespera, ante el hijito muerto, cuando ella misma ha impedido su libre desarrollo con tacos, corsé, etc.?

¿Qué claridad es la actual claridad femenina?

¿La de la ignorancia? Eso no vale nada.

¿La del recato? Este su recato a medias, con pequeñas traiciones, con pseudas ingenuidades, me resbala por el alma como una cosa viscosa, blanda, incolora.

¿Qué embarullado está todo esto de la mujer!

¿Cuánta difícil tarea para golpearle en el alma; cuánta incompreensión masculina; cuánta torpeza amontonada!

A veces cierro los ojos y me pregunto angustiada:

¿Qué será de todo esto?

Termino.

Observo que por hoy no se me podrá tachar de poco romántica.

Con una elasticidad realmente femenina he saltado, sin darme cuenta, del taco y el corsé a la lágrima.

¿Está demasiado mal?

Alfonsina Storni